

---

# **L**a contrarrevolución en movimiento: Carlismo y violencia política en España, 1876-1939

JORDI CANAL

## **Resumen**

Existe un extendido prejuicio según el cual reacción y modernidad resultan incompatibles. Una lectura atenta de la historia contemporánea europea, sin embargo, desmiente dicha aserción. Los movimientos contrarrevolucionarios constituyen un buen ejemplo. La contrarrevolución no es inmóvil, sino que evoluciona y se transforma; la contrarrevolución está, como todos los grupos y culturas políticas, en movimiento. El autor aborda esta cuestión a partir del estudio del carlismo español, un caso excepcional con respecto a los otros movimientos contrarrevolucionarios del siglo XIX debido a su larga pervivencia. En el artículo se analiza sobre todo la evolución del carlismo en el terreno de la violencia política. Entre el final de la Segunda Guerra Carlista, en 1876, y la conclusión de la Guerra Civil española, en 1939, se muestra la destacada capacidad de adaptación y de modernización política de este movimiento reaccionario español.

## **Palabras Clave**

Contrarrevolución – España – Carlismo – Violencia política – Guerra Civil.

## **Abstract**

There is a prejudice by which reaction and modern issues are considered incompatible. A view considering contemporary European history, however, is against such an affirmation. The counterrevolutionary movements are a good example, because they are not static. On the contrary, it exists, as well as all the groups and political cultures, in movement. The author considers this issue regarding the Spanish Carlism, which is an exceptional case in comparison to the other counterrevolutionary movements of the 19th century due its long existence. The article analyses above all the evolution of Carlism with regards to the political violence. Between the end of the second Carlist war, in 1876, and the ending of the Spanish civil war in 1939, and possibility of adaptation and modernising process is clearly shown in the reactionary movement in Spain.

## **Key Words**

Counterrevolution – Spain – Carlism – Political violence – Civil War.



Recibido con pedido de publicación el 23/03/2004

Aceptado para su publicación el 15/06/2004

Versión definitiva enviada el 23/06/2004

Jordi Canal es Maître de Conférences en la EHESS, París, Francia – canal@ehess.fr

**E**xiste un extendido prejuicio según el cual reacción y modernidad resultan incompatibles. Una lectura atenta de la historia contemporánea europea, sin embargo, desmiente dicha aseveración. El caso del nazismo es, seguramente, el más evidente: *Reactionary Modernism* fue precisamente el título escogido por Jeffrey Herf para encabezar un libro sobre la Alemania de entreguerras.<sup>1</sup> Aunque las distancias con el nazismo sean considerables, los movimientos contrarrevolucionarios que se desarrollaron en la Europa occidental del siglo XIX –y pervivieron, en algunos casos, en el siglo XX– también impugnan la contraposición radical entre reaccionarismo y modernización. La contrarrevolución no es inmóvil, sino que evoluciona y se transforma; la contrarrevolución está, como todos los grupos y culturas políticas, en movimiento. El caso español resulta seguramente el más clarificador, ya que la pervivencia del carlismo a lo largo de casi dos siglos es, a todas luces, excepcional. Entre los movimientos contrarrevolucionarios legitimistas europeos, únicamente el carlismo sobrevivió con una cierta fuerza tras la etapa de crisis que éstos vivieron en los años sesenta, setenta y ochenta del siglo XIX. Eso lo distingue, por ejemplo, del miguelismo portugués o del legitimismo francés, con los que, por otro lado, tantos elementos lo hermanan. El final de las guerras carlistas en España no supuso el final del carlismo. Tras la derrota de 1876 en los campos de batalla, éste volvería a recuperar una notable presencia en la sociedad española, aunque nunca comparable a la de la etapa de las carlistadas. El carlismo se mostró capaz de adaptarse a las transformaciones políticas y sociales de la España de la Restauración; de modernizarse, al fin y al cabo, aunque esta palabra pudiera parecer, haciendo una identificación asaz simple entre lo modernizado y lo nuevo o progresista, antitética con la esencia de este movimiento reaccionario. El carlismo ha mostrado a lo largo de su dilatada historia una cierta capacidad de adaptación a las novedades introducidas en el juego de la política, así como una tendencia a la utilización posibilista, en beneficio propio, de mecanismos que al mismo tiempo combatía o de los que anunciaba la futura abolición tras su victoria, como es el caso del sufragio universal, el foro parlamentario o la estructura partidista. Esta acomodación, pese a ser mínima en algunos momentos, en otros claramente forzada y, a veces, aplicada con tardanza, le ha permitido sobrevivir en las diferentes etapas de la historia de la España contemporánea. Entre los ejemplos que podrían traerse a colación para ilustrar esta capacidad de adaptación y evolución, el de la violencia política, que va a ser abordado en las páginas que siguen, resulta, sin lugar a dudas, uno de los más interesantes.

### **Una larga pugna fratricida (1833-1876)**

La guerra civil, abierta o en estado latente, fue la espina dorsal del siglo XIX español.<sup>2</sup> El variado catálogo de la violencia política exhibida en aquellas décadas está compuesto por

<sup>1</sup> HERF, Jeffrey *Reactionary Modernism. Technology, Culture and Politics in Weimar and the Third Reich*, Cambridge University Press, Nueva York, 1984. [Hay trad. Cast. *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990]

<sup>2</sup> Cfr. CANAL, Jordi “Une guerre civile longue et persistante. Libéralisme, anti-libéralisme et violence politique en Espagne au XIXe siècle”, en *Mélanges de l'École Française de Rome. Italie et Méditerranée*, t. 114-2,



conspiraciones, alzamientos, insurrecciones, pronunciamientos, atentados, revoluciones y guerras, además de ejecuciones, encarcelamientos, exilios –Gregorio Marañón llegó a contabilizar un total de catorce éxodos políticos entre los siglos XV y XX, que tuvieron su apogeo en el Ochocientos<sup>3</sup>–, indultos y deportaciones. Al mismo tiempo, miedos, odios, mitos y lealtades, héroes, mártires y traidores, poblaron los imaginarios. A pesar de las evidencias sobre el componente fratricida de una considerable porción de la violencia del siglo XIX, éste se ha disfrazado u ocultado con frecuencia. Tres razones explican que el término y la categoría de guerra civil hayan sido evitados para referirse a estos conflictos. La primera, común a todos los países, consiste en la tendencia general al ennoblecimiento del pasado: haciendo desaparecer cualquier alusión evocadora del fratricidio, se intenta conjurar el peso de su memoria o de la historia.<sup>4</sup> Una denominación como guerra de la Independencia, por ejemplo, otorgada en España a los acontecimientos de 1808-1814, no consigue esconder, como no lo pueden hacer muchas de las guerras de liberación del siglo XX, que, junto a una lucha contra el extranjero, tuvo lugar también una intensa pugna interna.<sup>5</sup> La segunda de las motivaciones deriva de la actitud, impuesta por los vencedores, de rechazar el carácter de contienda civil de los enfrentamientos e intentar negar, aprovechando la ocasión, la identidad del adversario derrotado. De este modo, los liberales habrían luchado entre 1833 y 1876 contra unos facciosos llamados carlistas, y los alzados de 1936, a su vez, contra la anti-España, en una guerra por España a la que denominaron, en consecuencia, guerra de España (o, incluso, de “liberación nacional”).<sup>6</sup> En más de una ocasión, la historiografía ha perpetuado, sin criticar su carga ideológica, estas posturas. La comparación con la guerra de 1936-1939, finalmente, tanto por lo que respecta a las dimensiones y cruenta intensidad, como a la repercusión internacional y al inmenso éxodo provocado, ha contribuido decisivamente a subestimar o a hacer caer en el olvido las guerras anteriores. El hecho de ser la última y más reciente no puede, tampoco, obviarse. Se trata de la pugna fratricida por excelencia: la Guerra Civil, la única con una “G” mayúscula. No obstante, razones de uno u otro tipo al margen, resulta incontrovertible considerar que España sufrió, durante la mayor parte del siglo XIX, los efectos de una larga guerra civil, discontinua pero persistente –alternaba períodos de combate abierto, conatos insurreccionales y etapas de tranquilidad más aparentes que reales–, que, como

2002, pp. 679-693; JULIÁ, Santos (dir.) *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid, 2000.

<sup>3</sup> MARAÑÓN, Gregorio *Españoles fuera de España*, Espasa-Calpe, Madrid, 1947, pp. 21-22.

<sup>4</sup> Cfr. RANZATO, Gabriele “Un evento antico e un nuovo oggetto di riflessione”, en *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Bollati Boringhieri, Milán, 1994, pp. IX-LVI.

<sup>5</sup> Cfr. HOCQUELLET, Richard *Résistance et révolution durant l'occupation napoléonienne en Espagne 1808-1812*, La Boutique de l'Histoire, París, 2001; ESDAILE, Charles *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia*. Crítica, Barcelona, 2003 [1º Ed. 2002].

<sup>6</sup> Cfr. REIG TAPIA, Alberto *Violencia y terror. Estudios sobre la Guerra Civil Española*, Akal, Madrid, 1990, pp. 21-45, y, del mismo autor, *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*, Alianza Editorial, Madrid, 1999, pp. 69-105.

escribiera Miguel de Unamuno, permitía “sentir la paz como fundamento de la guerra y la guerra como fundamento de la paz.”<sup>7</sup>

Las carlistadas constituyeron la principal expresión de estas querellas intrahispánicas. El carlismo, un movimiento sociopolítico de carácter antiliberal y antirrevolucionario, surgió en las postrimerías del Antiguo Régimen y pervive todavía, aunque en una posición de franca marginalidad, en nuestros días. Las voces “carlismo” y “carlista”, aparecidas durante la segunda restauración absolutista de Fernando VII, derivaban del nombre del infante Carlos María Isidro de Borbón—el que iba a convertirse en el rey Carlos V de los legitimistas—y designaban la forma evolucionada de unas corrientes preexistentes, cuya principal materialización había sido el realismo. La cuestión dinástica, que enfrentó a los partidarios de Isabel II y a los de su tío Carlos María Isidro, no alcanza a explicar por sí sola el nacimiento y la prolongada vida del carlismo. Los millares de carlistas que lucharon, en los campos de batalla o en la arena política, y los que en el empeño perdieron la vida, no lo hicieron por la persona de un Rey, sino por lo que la figura de este Rey encarnaba, esto es, una determinada visión del mundo y los proyectos que harían posible su materialización. Sin embargo, la dinastía y los diferentes pretendientes se convertirían en piezas esenciales, en un plano simbólico y emblemático, del movimiento. El carlismo sin Carlos —o sin Jaime, Alfonso Carlos o Javier—, por consiguiente, tampoco hubiera podido existir. Es una simple, a la par que curiosa, ilusión historiográfica.<sup>8</sup>

La causa carlista expresaba el mantenimiento de la tradición y el combate contra el liberalismo y todo aquello que éste significaba y comportaba, tanto en la realidad como a nivel abstracto. Dios, la Patria y el Rey, con el añadido tardío de los Fueros, constituían los pilares sobre los que se alzaba un ideario que contenía un notable grado de inconcreción. Esta circunstancia facilitó la coexistencia en el interior del carlismo de sectores sociales heterogéneos y de opciones distintas, unidas frente a otras opciones consideradas como enemigas y, pues, amenazantes. El movimiento destacó por su elasticidad, convirtiéndose en el núcleo de diversas amalgamas contrarrevolucionarias formadas en las décadas centrales del siglo XIX y durante los años de la Segunda República (1931-1936). Sus principales zonas de implantación se encontraban en el norte de España, especialmente en el País Vasco, Navarra y Cataluña, aunque también con núcleos destacados en Valencia y en Aragón. La geografía del movimiento se mantuvo, aparentemente, casi inalterable, variando sólo en el volumen de los apoyos. El territorio carlista por excelencia sería el norte peninsular, especialmente afectado a principios del siglo XIX por amplios procesos de transformación económica, social y, sin duda, también cultural. Con el tiempo, la movilización carlista se concentraría en zonas concretas —destacando, entre todas, Navarra—,

---

<sup>7</sup> UNAMUNO, Miguel de “Paz en la guerra”, en *Ahora*, 25 abril 1933, citado por AZAOLA, José Miguel de *Unamuno y sus guerras civiles*, Ediciones Laga, Bilbao, 1996, p. 17.

<sup>8</sup> Cfr. CANAL, Jordi “Les mots et les choses: le Carlisme et les Bourbons carlistes espagnols au XIXe siècle”, en BÉLY, Lucien (ed.) *La présence des Bourbons en Europe XVIe-XXIe siècle*, Presses Universitaires de France, París, 2003, pp. 277-285.

sometidas a un intenso proceso de carlistización o, expresado en palabras de Jesús Millán,<sup>9</sup> convertidas en guetos de enraizada cultura política carlista, en permanente reproducción. En estos lugares se darían las condiciones óptimas para que el carlismo construyese su propio microcosmos, para que se pensase auténticamente como contrasociedad, sin que la inaccesible posesión del Estado, a diferencia de lo que ocurrió con el gobierno de Dom Miguel en Portugal, destruyese nunca un mito de raíz victimizante. Otras zonas podían incorporarse de manera más o menos coyuntural, sin embargo, a esta geografía, siempre en función de intensos procesos de proselitismo, tal como ocurrió en algunas provincias andaluzas durante la Segunda República, bajo la batuta de Manuel J. Fal Conde y la bandera de la intransigencia católica. La longevidad del carlismo, en todo caso, que lo singulariza en el conjunto formado por los legitimismos europeos contemporáneos, debe ser puesta en relación con cuatro elementos: la adaptabilidad formal, la no concreción ideológica, las adhesiones recibidas y su capacidad de reproducción cultural.<sup>10</sup>

La etapa delimitada por los años 1833 y 1876 constituye la de mayor presencia e importancia del carlismo en España. Fue el tiempo de las carlistadas. A lo largo de cuatro décadas y media, como consecuencia del enfrentamiento permanente entre carlistas y liberales, se sucedieron insurrecciones, asonadas y un total de tres guerras, que movilizaron a millares de hombres e implicaron a otras tantas familias. Tanto la Primera Guerra Carlista o guerra de los Siete Años (1833-1840) como la Segunda Guerra Carlista (1872-1876) se desarrollaron en momentos muy críticos, perceptibles como potencial o efectivamente revolucionarios: una, durante la regencia de María Cristina de Nápoles, viuda de Fernando VII, en pleno proceso terminal de crisis del Antiguo Régimen y de despliegue de la Revolución liberal –los vínculos de la primera carlistada con las luchas de los realistas en el Trienio Liberal (1820-1823) y de los agraviados en 1827 resultan, en este marco, más que obvios–; la otra, en el Sexenio Democrático (1868-1874), un turbulento periodo que empieza con el destronamiento de Isabel II y que comprende la monarquía de Amadeo I –combatido con saña por los carlistas, como enemigo del Papado, por la actuación de la casa de Saboya durante la unificación italiana– y la corta experiencia de la Primera República. Ambas contiendas tuvieron su campo de operación fundamental en la España septentrional, llegándose a crear en el País Vasco y en Navarra, en algunas fases, verdaderos estados carlistas. Entre las guerras de los años treinta y de los setenta, aparte de múltiples y variados intentos insurreccionales –en 1855 o en 1860, durante el reinado de Isabel II, en 1869 o en 1870, en los inicios del Sexenio Democrático, por sólo citar los más distinguidos–, tuvo lugar la guerra de los Matiners (1846-1849), que solamente afectó a Cataluña.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> MILLÁN, Jesús “Una reconsideración del carlismo”, en *Ayer*, núm. 29, 1998, pp. 91-107.

<sup>10</sup> Cfr. CANAL, Jordi “La longue survivance du Carlisme en Espagne: proposition pour une interprétation”, en MARTIN, Jean-Clément (dir.) *La Contre-Révolution en Europe, XVIIIe-XIXe siècles. Réalités politiques et sociales, résonances culturelles et idéologiques*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2001, pp. 291-301.

<sup>11</sup> Cfr. BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso *La Primera guerra carlista*, Actas, Madrid, 1992; VALLVERDÚ, Robert *La guerra dels Matiners a Catalunya (1846-1849). Una crisi econòmica i una revolta popular*,

La formación de partidas que confluyen en un Ejército Real se convirtió en el modelo clásico e ideal de la movilización carlista. La excepción fue la Ortegada, en 1860, una tentativa fallida de desembarco en la costa catalana que, al modo de un pronunciamiento, dirigió el Capitán general de las Baleares, Jaime Ortega, y que supuso, entre otras cosas más, la captura del pretendiente Carlos VI, conde de Montemolín, y de su hermano Fernando. Las tres frágiles patas de la conspiración estaban integradas por la cúpula carlista, algunos militares y los apoyos de altas personalidades. El principal enemigo a batir no era, como en la mayor parte de las demás ocasiones, la revolución, sino la anarquía política. El ensayo de modificar la parte superior sin tocar de manera sustancial las bases y sin contar con el pueblo no podía encontrar mejor fórmula que la del pronunciamiento, usada a lo largo del siglo XIX por liberales y algunos republicanos. El movimiento tipo 1860 constituye una rareza en el marco de las formas de violencia política carlistas. El modelo preferido, en cualquier caso, únicamente pudo ser desplegado en su totalidad en algunos momentos y en algunos territorios. El paso de la formación de partidas a la construcción de un Ejército carlista, igual que la de un Estado, requería unas condiciones determinadas. Se consiguió en las guerras de 1833-1840 y 1872-1876, de manera muy especial en el Norte, y se intentó, con grados diferentes de aproximación, en múltiples ocasiones. Las partidas, la guerra de guerrillas y las insurrecciones a campo abierto resultaron, por consiguiente, las formas más típicas de la violencia carlista. Echarse al monte, que aludía explícitamente al componente rural que enmarcaba la lucha en aquellos tiempos, fue un ejercicio repetido hasta la saciedad. La independencia y la movilidad de las partidas eran la clave de su éxito —piénsese, por ejemplo, en la del mítico Cura Santa Cruz, que actuó en los primeros años setenta en los alrededores de San Sebastián y de la frontera con Francia—, pero también un serio obstáculo para su control y encuadramiento. Por esta razón, en momentos de debilidad en la dirección del movimiento, como ocurrió después de cada una de las dos grandes carlistadas, las partidas podían derivar en simples fenómenos marginales o de bandolerismo. En definitiva, la violencia, en sus formas más o menos estructuradas, de una manera más o menos reglada —el no reconocimiento de la condición beligerante del contrario, como lord Eliott tuvo ocasión de comprobar en 1835, no contribuía precisamente a una lucha que respetara unas mínimas normas, ya fuese con los prisioneros o con la población en general—, y con unos grados de mayor o menor brutalidad, presidió en todo momento la larga guerra civil del siglo XIX entre el carlismo y el liberalismo.

La derrota en la Segunda Guerra Carlista significó el final del carlismo bélico, si descontamos, evidentemente, el movimiento aislado de octubre de 1900 y la destacable participación carlista en el bando sublevado en julio de 1936. En todo caso, en 1876 se

---

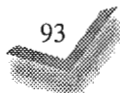
Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2002; GARMENDIA, Vicente *La Segunda Guerra Carlista (1872-1876)*, Siglo XXI, Madrid, 1976; CANAL, Jordi *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Alianza Editorial, Madrid, 2000, pp. 28-210; ARÓSTEGUI, Julio; GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo y CANAL, Jordi *El carlismo y las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003.

quebró la última gran amalgama contrarrevolucionaria nucleada por el carlismo, que, tras unas tentativas de participación política en 1869-1871, acabó decantándose por la vía militar. En los inicios del régimen de la Restauración (1875-1923), una vez finalizada la contienda, el movimiento carlista sufriría una importante crisis. A pesar de todas las dificultades, consiguió superarla: el precio fue el abandono de su posición de alternativa global al sistema liberal en España para convertirse en un grupo más entre los que competían políticamente dentro de este sistema, aunque fuese pensando siempre en su cada vez más lejana e improbable destrucción.

### **Partido carlista y partidas carlistas (1876-1900)**

El pronunciamiento del general Martínez Campos, el 29 de diciembre de 1874, puso término a la etapa del Sexenio Democrático y abrió las puertas de la Restauración. En enero de 1875, como consecuencia de esta acción y por causa de los trabajos políticos de Antonio Cánovas del Castillo y del alfonsismo, y también de poderosos apoyos internos e internacionales —el Vaticano, entre ellos—, se restableció la monarquía, proclamando a Alfonso XII rey de España. Los nuevos gobernantes dedicaron innumerables esfuerzos en dar fin a dos dinámicas sobrepuestas. La primera correspondía a la coyuntura democrático-revolucionaria abierta en septiembre de 1868, que hizo posible una amplia movilización popular y un intenso desarrollo de experiencias republicanas, cantonalistas e internacionalistas, vividas con indisimulado temor desde algunos sectores de la sociedad e, incluso, por parte de muchos de los impulsores del destronamiento de Isabel II, la “reina de los tristes destinos”. La Restauración fue, en este sentido, un régimen conservador y de orden. El segundo de los objetivos consistía en acabar con el largo ciclo de violencias políticas iniciado en 1808, plagado de conspiraciones, pronunciamientos, insurrecciones y guerras civiles, que había presidido la construcción del Estado liberal en España. Para ello debería evitarse, por un lado, la participación de los militares en la vida política —clausurar, en definitiva, la era de los pronunciamientos y de los espadones, al estilo Espartero, Narváez, O’Donnell o Prim— y, por otro, la iteración de conflictos con el carlismo como protagonista.

Poner punto final a la Segunda Guerra Carlista —sin olvidar la guerra en Cuba (1868-1878), cerrada con el tratado de paz de Zanjón— fue una de las principales tareas que debieron asumir las autoridades en el primer año y medio de la recién estrenada Restauración. En ello invirtieron esfuerzos ingentes, tanto en lo humano como en lo material, que dieron, a la postre, frutos positivos. La carlistada concluyó a finales de febrero de 1876. El nuevo régimen mantuvo para con los carlistas —de hecho, hizo exactamente lo mismo con los republicanos— una táctica que combinaba atracción (una oferta católica y de orden, indultos, integración de los núcleos más posibilistas en el conservadurismo dinástico) y exclusión (exilio, represión, aislamiento político). Sus resultados, junto con los efectos de la derrota de 1876, los desengaños y el cansancio, desarticulaban la amalgama católico-monárquica, erosionaron las bases y debilitaron profundamente al movimiento encabezado por el pretendiente Carlos VII. Una época de la historia del carlismo, la de las guerras, la de la lucha de carácter dual con el liberalismo, había terminado. La Restauración ofreció



un periodo de estabilidad, aunque en algunos momentos pudiera parecer frágil –más amenazada, en todo caso, en lo social que en lo propiamente político–, a todas luces excepcional en la España contemporánea.

Eso no significa, sin embargo, que deban subestimarse algunos movimientos de signo carlista –o republicano–, alarmantes bien que limitados, producidos en las décadas de 1870 y 1880. Unos y otros intentaron enfrentarse al Estado, que estaba llevando a cabo un proceso de monopolio y legitimación de su particular uso de la violencia frente a otros usos, convertidos ya en ilegítimos y, en consecuencia, legal y éticamente reprimibles. La existencia en la segunda mitad de los años setenta de un considerable número de españoles en el sur de Francia preocupaba a las autoridades de ambos países. Los carlistas convivían en el exilio con republicanos progresistas y federales, con cantonalistas, con prófugos y demás emigrados.<sup>12</sup> Las posibilidades que se les ofrecían para la formación de partidas, ya fuesen carlistas, republicanas o de indefinida filiación, constituían un motivo evidente de inquietud. El núcleo más peligroso, como mínimo por número, debía ser el que formaban los seguidores de don Carlos. Los desengaños sufridos y la desorientación reinante en el interior de su campo contribuyeron, no obstante, a la parálisis y, en ocasiones, ayudados por la difusa conciencia del enemigo común o por las penalidades del exilio, algunos de ellos fueron inducidos a participar en iniciativas insurreccionales de signo republicano. Los diplomáticos españoles destacados en el país vecino denunciaron repetidamente una supuesta conspiración de republicanos y carlistas con objeto de alterar el orden, contribuyendo a crear un sobredimensionado peligro “carlorrepublicano”. La frontera de los Pirineos constituyó en los inicios de la Restauración un foco de tensión casi permanente. Aunque en los primeros meses de la posguerra se formasen algunas partidas carlistas, asociadas a momentos de particular inestabilidad, serían los partidarios de Manuel Ruiz Zorrilla los que iban a marcar el ritmo de la violencia política. Los carlistas restaron en un segundo plano, en una actitud que combinaba impotencia y expectación. Desde entonces, y más aún a partir de 1879, pese a rumores y alarmas casi siempre infundadas, las plumas de los publicistas tomaron el relevo de las armas.

Únicamente a finales de 1885 y en 1886 cundió la sensación, bastante ilusoria, de que las cosas podían reactivarse. El fallecimiento de Alfonso XII, sin aparente sucesión, ofreció a los opositores irreductibles esperanzas de cambio, prontamente truncadas por el apoyo que el Ejército, la alta burguesía, la Iglesia, los partidos de turno y las potencias extranjeras mostraron al régimen. La vigilancia, no obstante, no podía descuidarse: carlistas, y sobre todo republicanos, eran un peligro potencial. Las tropas de la frontera se reforzaron a fin de prevenir acciones insurreccionales, y las autoridades de la península y los cónsules en Francia fueron puestos en estado de alerta. En una circular del Ministerio de la Guerra de mayo de 1886 se informaba a los capitanes generales sobre rumores e indicios

---

<sup>12</sup> Cfr. CANAL, Jordi “El exilio carlista tras la guerra civil de 1872-1876: una aproximación dual”, en SERRANO, Rafael (dir.) *España, 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2002, pp. 235-258.



de alteraciones del orden público, “fraternizando republicanos y carlistas”, recomendándoles una intensa vigilancia y una actuación enérgica.<sup>13</sup> El nacimiento póstumo del futuro rey Alfonso XIII, junto con una limitada aunque oportuna amnistía y los primeros pasos firmes de la regencia de María Cristina de Austria (1885-1902), coadyuvaron al éxito de las medidas preventivas. El intento más serio de subvertir el orden procedería del ruiz-zorrillismo: la sublevación de Manuel Villacampa, en septiembre de 1886. En las filas carlistas, en cambio, dominó la expectación, en consonancia con las consignas que llegaban desde el palacio Loredán, en Venecia, morada del pretendiente: intensificar la propaganda y frenar los impulsos de los núcleos más belicosos para evitar, como escribía don Carlos, “que algunos de ellos sean extraviados por exceso de generosa impaciencia.”<sup>14</sup> Cuando llegase el momento oportuno, él en persona daría las instrucciones pertinentes. El carlismo aguardaba una degeneración de la vida pública en sentido revolucionario que les permitiera erigirse en salvadores de la patria. El afianzamiento de la Regencia tornaría esta expectación en simple y pura decepción.<sup>15</sup>

La crisis del carlismo posbélico alcanzó su punto álgido en 1888, cuando se separaron los sectores más intransigentes, disconformes con las propuestas tímidamente aperturistas sobre estructuras y discursos como vía de superación de las dificultades, y perdedores, asimismo, en el pulso por el poder que tuvo lugar en el seno del partido. Con la escisión integrista se enterraban los últimos restos amalgamáticos del Sexenio Democrático.<sup>16</sup> A partir de 1889, los carlistas pudieron profundizar, bajo la dirección de Enrique de Aguilera y Gamboa, marqués de Cerralbo, en la voluntad de replantear algunas cuestiones. Este proceso de reorganización y reorientación estaba íntimamente relacionado con las modificaciones introducidas en las reglas del juego político durante la regencia de María Cristina. Se trataba de convertir nuevamente al carlismo en una opción competitiva —en este caso, políticamente competitiva, no ya a través de la guerra—, reacomodada a nuevos tiempos y condiciones. Para conseguirlo se introdujeron cambios en una doble línea. En las actitudes y en las estrategias, primeramente: política de atracción, abandono del retraimiento electoral, renovación de algunos aspectos del ideario —concretado en el Acta de Loredán (1897)—, parcial renuncia a la vía armada e intensificación de la propaganda. En segundo lugar, dotando al partido de una organización sólida e idónea. La nueva estructura colocaba en un lugar destacado a la prensa, con funciones tanto propagandísti-

<sup>13</sup> Servicio Histórico Militar (Madrid), AGM, 2ª Sección, 4ª División, leg. 125, *Antecedentes sobre movimientos carlistas en la península e islas adyacentes, 1886*, Ministro de la Guerra a los Capitanes Generales (Madrid, 12 mayo 1886).

<sup>14</sup> Archivo Melchor Ferrer (Sevilla), Carlos VII. Documentos reales, 1877-1909, 1885, Don Carlos al Marqués de Valde-Espina (Venecia, 27 noviembre 1885), copia.

<sup>15</sup> Cfr. CANAL, Jordi “Republicanos y carlistas contra el Estado. Violencia política en la España finisecular”, en *Ayer*, núm. 13, 1994, pp. 57-84; GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, CSIC, Madrid, 1998.

<sup>16</sup> Cfr. CANAL, Jordi “Las ‘muertes’ y las ‘resurrecciones’ del carlismo. Reflexiones sobre la escisión integrista de 1888”, en *Ayer*, núm. 38, 2000, pp. 115-135.

cas como cohesionadoras, complementando al resto de los organismos del partido, desde las juntas hasta los círculos tradicionalistas. En la cima estaba situado el pretendiente, que, junto a su secretariado particular, permanecía en el exilio. El delegado o representante era la máxima autoridad en el interior, disfrutando de amplios poderes. Bajo su tutela se extendían las juntas regionales, provinciales, de distrito, locales, de barrio y auxiliares. En 1896 existían, en total, 2.462. La base del partido estaba encuadrada en los círculos tradicionalistas y en unas entidades anejas a estos, surgidas en torno a 1895, las juventudes. Los círculos tradicionalistas, unas formas y espacios de sociabilidad política plurifuncionales (tareas electorales, formación, asistencia, cohesión), recibieron una atención preferente, convirtiéndose en la pieza clave de la aventura modernizadora. La estructura política del carlismo iba a alcanzar, en definitiva, en la última década del Ochocientos, un desarrollo sobresaliente.<sup>17</sup>

El ensayo de modernización política llevado a cabo a fines del siglo XIX no halló equivalentes ni en el terreno ideológico ni en el militar. Por esta razón, la coyuntura conformada por la crisis de 1898 acabó por poner de manifiesto la fragilidad de una parte de los cimientos en los que se había asentado el “carlismo nuevo”, como lo bautizara el periodista andaluz Julio Burell. La opción política y pacífica no podía esconder el mantenimiento de un cierto espíritu y jerarquización militar, junto con un enraizado culto a los antiguos combatientes, evidenciado en los periódicos, en las veladas de los círculos o en la instauración, a partir de 1896, de la fiesta de los Mártires de la Tradición.<sup>18</sup> Tampoco excluía tímidos y aislados intentos de reorganizar el aparato militar, magnificados por la prensa enemiga y nunca totalmente desmentidos por la propia. Don Carlos y el núcleo dirigente sustentaban posiciones legalistas, aunque fuese por posibilismo. Lo recordaba en 1894 el jefe del carlismo catalán: “Ni Don Carlos piensa ahora en que haya guerra en España, ni los nuestros están hoy en condiciones de emprender ninguna acción formal.”<sup>19</sup> No todos los carlistas pensaban igual. José B. Moore, por ejemplo, un destacado militar de la última carlistada, se entrevistó en mayo de 1894 con don Carlos para exponerle sus planes bélicos. Al cabo de unos días, el secretario del pretendiente le contó al marqués de Cerralbo que éste “calmó sus ardores y le manifestó Su firme voluntad de no salir, por ahora, de los procedimientos actuales.”<sup>20</sup> Moore, que había vivido exiliado hasta 1893, publicó poco después de su llegada a Barcelona un libro de temática militar, titulado *Guerra de guerrillas* (1894) y colaboró de forma asidua en la prensa con artículos de la misma

<sup>17</sup> Cfr. CANAL, Jordi “Sociabilidades políticas en la España de la Restauración: el carlismo y los círculos tradicionalistas (1888-1900)”, en *Historia Social*, núm. 15, 1993, pp. 29-47, y *El carlisme català dins l'Espanya de la Restauració. Un assaig de modernització política (1888-1900)*, Eumo Editorial, Vic, 1998.

<sup>18</sup> Cfr. CANAL, Jordi “Fiestas, calendarios e identidad carlista: la festividad de los Mártires de la Tradición”, en *Bulletin d'Histoire contemporaine de l'Espagne*, núms. 30-31, 1999-2000, pp. 87-101.

<sup>19</sup> LL[AUDER], L[uis] M. de “De regreso”, en *Correo Catalán*, Barcelona, 2 septiembre 1894, p. 10.

<sup>20</sup> Museo Cerralbo (Madrid), IX, 17, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Venecia, 31 mayo 1894).

índole. Este texto venía a aumentar una nómina iniciada por el *Manual del voluntario carlista* (1892) de Reynaldo Brea, barón de Artagán, y continuada con la *Cartilla militar* (1896) de Leoncio G. de Granda y la *Táctica de Infantería* (1899) de Juan Bardina. Profusa e inquietantemente anunciados y con unas ventas en nada despreciables, estos libros contribuían a mantener viva la idiosincrasia belicista, en especial entre los jóvenes que no habían participado en las carlistadas. Una retórica militarista y un imaginario colectivo repleto de hazañas bélicas que no alcanzan a ocultar, sin embargo, la práctica inexistencia de organización militar hasta los años de la crisis colonial.

Los gobiernos restauracionistas y, más generalmente, el liberalismo habían abocado a España al desastre: ésta era la clave del mensaje difundido en el seno del carlismo en los últimos años de la centuria, que apelaba a la imposibilidad de seguir con los brazos cruzados o participando exclusivamente en el juego político. De ahí que el partido empezase a concebir, después de casi dos décadas, nuevos proyectos bélicos. Iniciadas en 1897, las conspiraciones tuvieron sus momentos álgidos entre fines de 1898 y 1899 —en 1898 se levantó, además, una partida en Alcalá de Chisvert, que dio mucho que hablar y escribir—, con unos postreros rebrotes en 1900. Ya a principios de abril de 1898, en carta a Juan Vázquez de Mella, don Carlos declaraba: “Por no asumir ante la Historia la responsabilidad de la pérdida de Cuba, he esperado y esperaré hasta el extremo límite. Cuando la vea irremisiblemente perdida, España y yo cumpliremos con nuestro deber.”<sup>21</sup> El momento estaba a punto de llegar, aunque la intención última de aguardar al desprestigio y desmoronamiento de la Regencia para aparecer como alternativa salvadora en medio de un amplio consenso, con los militares y el pueblo como polos, terminaría por frustrar todos los preparativos.

La estructura militar, basada en un Ejército Real, fue claramente privilegiada entonces en relación con la política, especialmente en el País Vasco y Cataluña. En este último territorio, en el que se vivió durante el final de siglo una coyuntura marcada por la agitación social y política, unas “reales órdenes” de enero de 1899 apuntaban a la organización del Ejército Real de Cataluña y nombraban jefe de Estado Mayor a José B. Moore; Sanz, Reyero y Cavero fueron puestos al frente de las regiones de Madrid, Valencia y Aragón. Poco después se imprimió en Perpiñán —una ciudad cercana a Banyuls-sur-Mer, en donde Moore, que se hacía llamar Monsieur Buldoc, había establecido el Cuartel general de la frontera— un reglamento militar, *Ejército Real de Cataluña* (1899), que fue introducido clandestinamente en España vía Figueras.<sup>22</sup> Las cuatro provincias catalanas se convirtieron en distritos militares, con un jefe de Brigada a la cabeza y cuatro batallones a su mando. Esta estructura militar acabó imponiéndose, no sin algunos roces, sobre las juntas

<sup>21</sup> Don Carlos a Juan Vázquez de Mella (Venecia, 2 abril 1898), carta reproducida en FERRER, Melchor *Historia del Tradicionalismo Español*, vols. XXVIII-II, Editorial Católica Española, Sevilla, 1959, p. 147.

<sup>22</sup> *Ejército Real de Cataluña*, Imp. y Libr. D. Muller, Perpiñán, 1899. Cfr. Archives Départementales des Pyrénées-Orientales (Perpiñán), Série M, 4Mp305, y Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), H2845, Embajador español en París al Ministro de Estado (París, 2 octubre 1899).

civiles. Su eficacia, sin embargo, era limitada: en los últimos tiempos, las circunstancias habían cambiado profundamente, tanto por lo que respecta a la sociedad española como al carlismo en particular, que había dejado de ser una auténtica alternativa. El fracaso de la experiencia finisecular resultó de una parcial inadaptación a esta nueva realidad. De todas maneras, para alarma de unos y satisfacción de otros, el “peligro carlista” seguía magnificándose. La reorganización militar era un hecho, así como lo eran la compra de armas y uniformes –el carlista vasco Tirso de Olazábal tuvo un papel muy importante en estos asuntos–, el flete de embarcaciones, las crípticas noticias en la prensa, la retirada de la minoría carlista del Congreso, los sospechosos viajes a la frontera y a Venecia, o el alzamiento de pequeñas partidas. Y, de forma paralela, volvían a entrar en juego el estado de alerta de las autoridades y las tropas, la estrecha vigilancia de los dirigentes, la intercepción de correspondencia, las suspensiones de la prensa, las detenciones y confinamientos.<sup>23</sup> La indecisión de unos, junto con una estructura y apoyos limitados –los llamamientos a militares como Valeriano Weyler, al que Juan Vázquez de Mella ya lanzaba vivas en 1897,<sup>24</sup> cayeron en saco roto–, y la eficacia de los otros acabaron por malograr a fines de 1899 todas las tareas insurreccionales.

El fracaso de estos trabajos, acometidos en los momentos más delicados e inestables que hasta entonces había vivido la Restauración, no hizo abandonar totalmente las esperanzas de un golpe de fuerza. Desde Venecia, sin embargo, se confiaba más entonces en el desarrollo de los acontecimientos, ya fuese un ingenuamente esperado colapso del sistema o bien iniciativas subversivas de signo anarquista o republicano, que en la propia iniciativa. A pesar de los comunicados y alocuciones de retórica belicista, los ánimos entre los carlistas decaían como consecuencia de las decepciones, la incertidumbre y las indecisiones. Mientras la conspiración seguía su lento camino, algunos carlistas catalanes empezaron a preparar un levantamiento al margen de la jerarquía. Salvador Soliva, que había combatido durante la Segunda Guerra Carlista bajo el mando de Francisco Savalls, era la cabeza visible, secundado por un conjunto de personajes descontentos con la pasividad impuesta, con ramificaciones en Valencia, Aragón y Madrid. Incluso dirigentes como Cerralbo, Vázquez de Mella o Melgar apoyaron a los díscolos. La suma de las divisiones internas, las prisas y el conocimiento que las autoridades tenían de todos los movimientos imposibilitaron la sublevación.

A pesar de ello, el 28 de octubre de 1900 una partida quiso tomar el cuartel de la Guardia Civil de Badalona, fracasando en el intento. La partida, compuesta por un número de hombres que oscilaba entre veinte y setenta, dependiendo de la fuente de información elegida, estaba capitaneada por José Torrents, natural de Santa Coloma de Gramanet, de unos veintiocho años, ocupado en tareas agrícolas y ex combatiente de la guerra de Cuba, que había concluido en 1898 con un severo varapalo para España. Los sublevados vestían

---

<sup>23</sup> Cfr. GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo *La razón de la fuerza...*, cit., pp. 183-218.

<sup>24</sup> V[ÁZQUEZ] DE MELLA, Juan “¡Viva Weyler!”, en *El Correo Español*, Madrid, 26 octubre 1897, p. 1.

blusa azul y boina roja, e iban conveniente y uniformemente pertrechados. Por lo que puede desprenderse de informes y noticias, el grupo penetró en la ciudad de Badalona a través del camino llamado de la Estrella, por la parte de Moncada —la Torre del Baró, propiedad de Manuel Sivatte, cuñado del dirigente carlista catalán duque de Solferino, era un lugar clave en aquella conspiración—, desarmando a un guardia de consumos y dirigiéndose, entre gritos en favor del pretendiente Carlos VII, al emplazamiento del cuartel de la benemérita. Cuando llegaron a la caserna, abrieron fuego de inmediato. Los guardias civiles, mandados por el sargento Cesáreo García, al que la acción no había pillado del todo por sorpresa, repelieron el ataque. José Torrents fue abatido durante el tiroteo. Este hecho, junto con la llegada de refuerzos, provocó la retirada y posterior disolución de la partida. La muerte del cabecilla carlista, un par de heridos, bastantes detenciones —entre ellas, las del padre y el hermano de Torrents— y varios desperfectos ocasionados por los disparos, tanto en el cuartel de la Guardia Civil como en algunas de las casas adyacentes, integran el balance del enfrentamiento del 28 de octubre en Badalona.

La intentona, marcada por la simplicidad y las imprevisiones, no constituía, sin embargo, un acontecimiento aislado. El alzamiento de Badalona fue la más destacada encarnación de la llamada Octubrada. Otras pequeñas partidas se alzaron aquel mismo día o en los inmediatamente siguientes en algunos puntos del centro y el norte de Cataluña y del sur de la región de Valencia. Entre los cabecillas sobresalían personajes como José Miró “Pepas”, José Bisbal “Pep de Vilanova”, José Grandía “Noi de Vallcebre” y José Casal “Hereu del Frare de Malanyeu”. Nada demasiado importante, al fin y al cabo. La vía represiva, extendida a toda la organización carlista, puso fin a estos alborotos. Ya en los días que precedieron al 28 de octubre habían tenido lugar movimientos de tropas y la detención de algunos de los principales implicados en la conspiración, como Salvador Soliva, lo que muestra el estrecho seguimiento que las autoridades hacían de todas estas actividades. La Octubrada resultó un auténtico fiasco. Se trataba, según escribió Moore en un memorial dirigido al pretendiente, “de un acto de insubordinación y sedición de algunos jefes y oficiales, que contrariando las órdenes de V.M. intentaron arrastrar al partido a una lucha para la cual no estaba aún preparado, ni era la ocasión propicia.”<sup>25</sup> Ya en noviembre de 1900, don Carlos había confesado al activo procarlista inglés lord Ashburnham que era “un dolor que la impaciencia de unos y la mala fe de otros paralicen trabajos que tan bien se llevaban.”<sup>26</sup> La intentona provocó hondas heridas en el carlismo —la cúpula del partido desautorizó las insurrecciones y depuró responsabilidades—, abocándolo a una profunda y anunciada crisis. Una situación agudizada por la represión desencadenada por las autoridades, que aprovecharon para dismantelar la estructura política y periodística del parti-

<sup>25</sup> Documento reproducido en CANAL, Jordi y GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo “‘No era la ocasión propicia...’. La conspiración carlista de fin de siglo en un memorial a Don Carlos”, en *Hispania*, núm. 181, 1992, pp. 730-742. La cita, en la p. 730.

<sup>26</sup> Carta citada por ROMERO MAURA, Joaquín “*La rosa de fuego*”. *El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, p. 164. [1ª Ed. 1975]

do.<sup>27</sup> El fracaso de todos los trabajos y acciones insurreccionales de 1897-1900 derivaba, esencialmente, de una lectura errónea de los verdaderos efectos de las crisis finiseculares, de la realidad de España y del puesto que en ella ocupaba el carlismo y, en estrecha relación con lo anterior, de una inadecuación de las formas tradicionales de violencia política a esa realidad. El carlismo ya no era una opción de poder frente a otra opción en el poder, sino un simple movimiento-partido que sólo podía aspirar a ocupar un espacio propio en el marco de un sistema liberal-capitalista afianzado; las partidas no eran ya más que fórmulas arcaicas, y la pretensión de formar un Ejército Real carlista, un simple desatino. Al igual que en otros terrenos, como la política partidista, también en el de la violencia este viejo movimiento requería, a fin de seguir existiendo, nuevas formas. Los acontecimientos de 1900, que cerrarían el ciclo insurreccional carlista del siglo XIX—como el pronunciamiento del brigadier Manuel Villacampa, en 1886, había concluido, a su vez, el del republicanismo—, mostraron a las claras que el tiempo de las carlistadas pertenecía, definitivamente, al pasado. La experiencia de este desastre iba a ser tenida en cuenta, sin duda, por el carlismo del siglo XX.

### **Requetés y pistoleros (1900-1931)**

La Octubrada y sus consecuencias dañaron seriamente al movimiento carlista. Por un lado, la represión gubernamental comportó privaciones de libertad y salidas del país de algunos implicados y sospechosos, además del cierre y desmantelamiento de entidades y periódicos del partido o afines a él. Por otro, a nivel interno, se produjeron abandonos y destituciones, cruces de acusaciones—la palabra “traidor”, o en una versión más connotada aún, “carlo-traidor”, fueron de uso frecuente— y desconfianzas insalvables. La suma de presión externa y ebullición interna dieron como resultado una crisis de perversos efectos. Hubo cambios significativos en los principales puestos del organigrama del partido. De hecho, ya en diciembre de 1899 había tenido lugar el relevo a su frente del marqués de Cerralbo y su sustitución por Matías Barrio Mier. Pese a que el cambio fuese atribuido oficialmente a problemas de salud del prócer castellano, la verdadera causa debe ser puesta en relación con las crecientes discrepancias entre don Carlos y su jefe delegado en torno a la actitud a adoptar en la coyuntura finisecular. Este distanciamiento iba a acrecentarse después de la Octubrada. Vázquez de Mella, Cavero o Francisco Martín Melgar, secretario de don Carlos durante largos años,<sup>28</sup> también perdieron la confianza del pretendiente. Don Carlos y su segunda mujer, María Berta de Rohán, recibieron, por su parte, acusaciones de pasividad, indecisión, incompetencia y manipulación. Existieron incluso algunos intentos de implicar a don Jaime en una operación para controlar el partido, dejando al margen a su padre y a la dirección, por quienes aseguraban haber sido traicionados. A principios de

---

<sup>27</sup> Cfr. CANAL, Jordi y GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo “‘No era la ocasión propicia...’”, cit., pp. 705-742.

<sup>28</sup> MELGAR, Martín Francisco [conde de MELGAR] *Veinte años con Don Carlos. Memorias de su Secretario*, Espasa-Calpe, Madrid, 1940.

1901, Juan Bardina le confesaba al P. José Domingo Corbató, en este sentido, que “nunca había visto peor sombra y más completa nulidad en dirigir Causas.”<sup>29</sup> De esta limitada tentativa, que fracasó, fue el más destacado exponente *El Cañón* —en este caso, como en muchos otros en la prensa carlista no diaria, se había escogido un nombre vinculado a un mitificado pasado bélico (*El Fusil, El Voluntario, El Cabecilla, El Cruzado, El Centinela, El Guerrillero, El Trabucaire, La Trinchera* o *El Combate*, por citar algunos)—. El retraimiento de numerosos carlistas y el ruidoso abandono de algunos más completan esta tipología de las consecuencias de la crisis de 1900.

El palentino Matías Barrio Mier ocupaba la jefatura delegada cuando se produjeron los acontecimientos del mes de octubre. La tarea en la que tuvo que emplearse a fondo, en los primeros años del siglo, fue la recomposición de la estructura del partido. La prensa fue reapareciendo y asumiendo de nuevo su papel. Los círculos volvieron a situarse en el corazón de la vida carlista. Varias de las entidades clausuradas en la coyuntura finisecular reabrieron sus puertas; otras fueron refundadas o se crearon entonces. Aunque con leves e inevitables modificaciones, su estructura y sus funciones siguieron siendo las mismas. De esta manera, cuando en la memoria del Círculo Tradicionalista de Barcelona para el año 1909 se pasaba revista a las mejoras introducidas, solamente se destacaban el teléfono, las clases de inglés, un salón de *causerie* y una bolsa de trabajo.<sup>30</sup> Entre las novedades más significativas que presentan los círculos de principios del Novecientos sobresalen la proliferación de gimnasios, prácticas de tiro y secciones deportivas. La firme voluntad de la cúpula carlista de seguir potenciando las juventudes no era ajena a estas innovaciones. No lo era tampoco la aparición, en los primeros años de la centuria, de los batallones de la juventud, que se entretenían realizando marchas, instrucción militar y prácticas de tiro al blanco. Estos batallones, que desempeñaron tareas de autodefensa y que no dudaron en enfrentarse en la calle con republicanos y anarquistas, se encuentran en la base de las estructuras paramilitares de las que iba a dotarse el partido en la etapa jaimista.

Si el carlismo de los años noventa se había esforzado en la consolidación de espacios propios, de microsociedades legitimistas, en la siguiente década se lanzó también, en la medida de sus posibilidades, a la conquista del espacio público. El camino que conducía del espacio cerrado al espacio abierto, de lo propio a lo público, del círculo a la plaza, fue franqueado por el carlismo en incesante pugna con las otras formaciones políticas españolas.<sup>31</sup> Los constantes enfrentamientos entre blasquistas y católicos en la ciudad de Valencia

<sup>29</sup> Archivo del Real Colegio-Seminario de Corpus Christi (Valencia), Documentación del P. Corbató, Juan Bardina al P. José Domingo Corbató (Barcelona, 2 febrero 1901).

<sup>30</sup> *Círculo Tradicionalista de Barcelona. Memoria leída por el Sr. Secretario D. Juan Viza en la reunión general ordinaria celebrada el día 27 de Marzo de 1910*, Círculo Tradicionalista de Barcelona, Barcelona, 1910.

<sup>31</sup> Cfr. CANAL, Jordi “Espacio propio, espacio público. La sociabilidad carlista en la España mediterránea en la etapa de entresiglos”, en SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Isidro - VILLENNA-GEAS, Rafael (eds.) *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898*, Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 1999, pp. 125-149.

a principios del siglo XX constituyen una buena muestra de ello.<sup>32</sup> El ejercicio de la violencia no era del todo ajeno a este proceso. Sin embargo, no se trataba solamente de una conquista física del espacio, sino también, de forma muy especial, de una conquista simbólica. En el marco de estas transformaciones el carlismo incorporó definitivamente a su repertorio los mítines, las manifestaciones y unas reuniones al aire libre, los *aplecs*, y promovió asimismo, de manera decidida, la organización de banquetes multitudinarios. Con la palabra, con los gritos y los cantos, con las banderas y los estandartes, con la exhibición de boinas rojas o blancas, se marcaba el espacio. Así pues, de las veladas literario-musicales y los discursos políticos pronunciados en los salones de los círculos tradicionalistas se pasó, sin que esto significase que dejaran de celebrarse, a los actos públicos de masas. Los mítines, concretamente, con Vázquez de Mella como uno de los oradores más solicitados, adquirieron plena carta de naturaleza en el carlismo en este nuevo siglo. Los *aplecs*, por otra parte, trasladaban las actividades carlistas desde el espacio urbano a las afueras de las ciudades o bien a pequeñas localidades. El parentesco con las “meriendas fraternales” de los seguidores de Alejandro Lerroux o con los *aplecs* catalanistas no es ningún secreto. Estas reuniones al aire libre, que empezaron a celebrarse a finales de la primera década del siglo XX en Cataluña, constituían verdaderas fiestas populares que integraban un extenso conjunto de manifestaciones identificadoras. Como el Primero de Mayo o las modernas fiestas anuales de los partidos, los *aplecs* constituyeron para los carlistas unos lugares extensos y abiertos de afirmación de un “nosotros”. Mítines y *aplecs* fueron dos nuevas muestras de las continuas adaptaciones del movimiento carlista en el marco de la evolución de las formas de la política.<sup>33</sup>

En el año 1909 fallecieron Barrio Mier y el pretendiente Carlos VII. El puesto del primero pasó a ser ocupado por Bartolomé Feliú; a don Carlos le sucedió su hijo Jaime. En aquellos momentos, la crisis de 1900 podía considerarse totalmente superada. Feliú, que siguió organizando el partido e intentando imponerlo en el espacio público, no aguantó la oposición que un sector encabezado por Vázquez de Mella hacía a su mandato y presentó, en 1912, su dimisión. Para sustituirle fue nombrada una Junta nacional a cuyo frente se situó al marqués de Cerralbo, que se convirtió, en la práctica, en jefe delegado entre 1912 y 1918. Durante esta segunda jefatura cerralbista se dio un paso decisivo en la creación de estructuras paramilitares. Entre las lecciones del fracaso insurreccional finisecular desollaba la de la inadecuación y caducidad de las antiguas formas de lucha armada: ni en aquella situación ni en las venideras habría de resultar operativo un ejército complementado por partidas. Aunque las últimas se levantaran en los años 1906-1907, de forma absolutamente aislada y bajo la dirección del hermano de José B. Moore, Guillermo, que sería expulsado del partido —el caso de la llamada partida de Barandalla, en la Navarra de la

---

<sup>32</sup> Cfr. REIG, Ramir *Blasquistas y clericales. La lucha por la ciudad en la Valencia de 1900*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1986.

<sup>33</sup> Cfr. CANAL, Jordi “Espacio propio, espacio público...”, cit.



guerra de 1936-1939, constituye una singular excepción—, puede afirmarse, como ya se ha hecho, que 1900 había cerrado el viejo ciclo insurreccional. Mientras que los círculos tradicionalistas respondían ya a fórmulas políticas urbanas y modernas, en el campo militar y en el de la violencia política, por el contrario, no se produjeron transformaciones parecidas, adaptadas al combate callejero. Las reflexiones que el antiguo seguidor de Ruiz Zorrilla, Nicolás Estévanez, hacía por estos mismos años muestran a las claras que los carlistas no eran los únicos que se estaban dando cuenta de la inutilidad de las formas a la antigua.<sup>34</sup> La nueva estructura política del carlismo no requería en aquellos momentos —ni tenía posibilidades de aspirar a ello— un aparato militar paralelo, sino más bien de acción complementaria y carácter paramilitar. Esta organización paramilitar urbana se concretaría entre 1912 y 1913 en el “Requeté”, nombre con el que ya habían sido designados durante el siglo XIX o a principios del XX algunos batallones, partidas o agrupaciones de jóvenes carlistas.

El activista Juan María Roma fundó oficialmente en 1907 el Requeté, que integraba a los escolares carlistas entre los 12 y los 16-17 años, edad en la que podían pasar a engrosar las juventudes del partido. En un principio, el semanario de Manresa *Lo Mestre Titas* se convirtió en su portavoz. Este requeté, juvenil y en apariencia pacífico, se convertiría en la etapa jaimista en una organización paramilitar, inspirada en los *Camelots du Roi de Action Française*. La dirección fue encargada al valenciano Joaquín Llorens, un general carlista experto en temas militares que había sido diputado a Cortes por varias circunscripciones. Tras meses de discusiones y preparativos, Llorens escribía en febrero de 1913 a don Jaime en los términos que siguen:

“De todo esto he decidido que conviene mantener a los Requetés como en una escuela preparatoria para convertirlos en voluntarios, pero que es necesario organizar de una manera formal y seria a la gente apta para la lucha armada, porque es de temer que los acontecimientos se precipiten en España y esa gente nos sea absolutamente indispensable para coadyuvar al Ejército que se decida por V.M.. No conviniendo quitar los nombres de Requetés y Juventudes, [...] he podido formar el siguiente concepto que expongo a la consideración del Señor: Respetando las denominaciones de Requetés y Juventudes, se organizarán todos los hombres que por su edad reúnan las condiciones físicas necesarias para soportar las fatigas de una campaña, bajo la denominación de ‘Grupos de Defensa’, pudiendo sus componentes pertenecer o no a Juventudes o Requetés.”<sup>35</sup>

<sup>34</sup> ESTÉVANEZ, Nicolás “Pensamientos inactuales”, en *El Diluvio*, Barcelona, 6 febrero 1906, pp. 5-6.

<sup>35</sup> Citado por ARÓSTEGUI, Julio “La tradición militar del carlismo y el origen del *requeté*”, en *Aportes*, núm. 8, 1988, p. 13.

La denominación propuesta por Joaquín Llorens no arraigaría, manteniéndose para estos “Grupos de Defensa” el nombre de Requeté, que indujo en los primeros momentos a confusiones entre las organizaciones juvenil y paramilitar. El Requeté retomó la tradición, iniciada por los batallones de la juventud, de permanente enfrentamiento en las calles con republicanos y revolucionarios —a parte de las batallas con los “jóvenes bárbaros” lerrouxistas, durante la Semana Trágica que se vivió en Barcelona en 1909 los carlistas salieron a la calle en defensa de círculos, iglesias y conventos amenazados de incendio o destrucción— y, en el País Vasco, también con los nacionalistas. Tras la Gran Guerra, en consonancia con la delicada situación que atravesó el movimiento, el Requeté vivió una fase de desactivación y parálisis —los esfuerzos hechos durante las etapas de dirección de Luis Hernando de Larramendi y del marqués de Villores ofrecieron pobres resultados—, de la que emergería con renovada fuerza durante la Segunda República.<sup>36</sup>

Al final del segundo decenio del siglo XX fructificó en ambientes carlistas una interesante experiencia en el terreno social. En el año 1919 se asistió en Barcelona al nacimiento de los Sindicatos Libres, que se extendieron con posterioridad por el resto de Cataluña y por otras zonas de España. Esta organización constituyó una de las respuestas “blancas” ante la articulación obrera en la posguerra europea en torno a los Sindicatos Únicos, de tendencia anarcosindicalista. Aunque no se trate de unos sindicatos específica y declaradamente carlistas, este movimiento tuvo en su aparición y desarrollo inicial un papel básico. La postura en el pasado frente a la cuestión social, basada en la caridad, el mutualismo y la espera de un futuro triunfo como panacea, no era la más adecuada en la explosiva situación vivida en los postreros años 1910s. Que la experiencia de los Libres se iniciase y enraizara sobre todo en Cataluña y, más en general, en el área mediterránea —de la misma manera que había ocurrido con el Requeté, con los *aplecs* o con los círculos tradicionalistas—, y no en el bastión norteño, en donde el carlismo tenía mayor presencia y arraigo, tiene que ponerse en relación, evidentemente, con los altos niveles de tensión social, con el mayor progreso de lo urbano e incluso con impulsos individuales, pero, por encima de todo, debe hacerse con la necesidad de buscar fórmulas de aproximación a las bases, bien sea por la inexistencia o el parcial fracaso de las anteriores. Desde este punto de vista, Cataluña y el País Valenciano estaban en peor situación que el País Vasco y Navarra. Volviendo al caso específico de los Sindicatos Libres, sus orígenes han de ser rastreados en el seno de aquellos sectores populares urbanos que, beneficiándose de la flexibilidad ideológica que caracterizaba al carlismo, radicalizaron sus actitudes desde fines de la primera década de la centuria definiéndose como obreristas, haciendo gala de una estudiada brusquedad verbal, oponiéndose a la política conservadora y de acercamiento a los nacionalismos periféricos de sus dirigentes, y defendiendo el uso de la violencia en la calle. Estos núcleos fueron muy activos en Cataluña, especialmente en la ciudad de Barcelona —

---

<sup>36</sup> Cfr. ARÓSTEGUI, Julio “La tradición militar del carlismo...”, cit. y GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo *La razón de la fuerza...*, cit., pp. 477-504.



el periódico *La Trinchera* se convirtió en el portavoz del grupo—, y también, no puede olvidarse, en Navarra.<sup>37</sup>

Los Sindicatos Libres fueron creados oficialmente en una reunión celebrada en el Ateneo Obrero Legitimista de Barcelona el día 10 de octubre de 1919. Encontramos entre sus fundadores a jóvenes trabajadores y dependientes de comercio, que formaban parte de los círculos jaimistas de la ciudad condal. El partido les daría inicialmente su apoyo. Muy pronto, no obstante, los Sindicatos Libres empezaron a esconder sus orígenes y a proclamar en sus manifiestos su naturaleza exclusivamente obrerista y profesional, así como a rechazar toda filiación política, a fin de penetrar más fácilmente en el mundo proletario. Su primer presidente y principal dirigente fue Ramón Sales, un leridano emigrado a Barcelona, militante carlista y miembro del Requeté, anteriormente afiliado al Sindicato Único Mercantil. Muchos eran, de hecho, los “libreños” que habían abandonado la CNT (Confederación Nacional del Trabajo). Los Libres eran sindicatos controlados y dirigidos por trabajadores, con una afiliación —unos 150.000 miembros en 1921-1922, unos 200.000 al final de la década— en la que sobresalían obreros semiespecializados, artesanos e integrantes del sector servicios. Renunciaron al confesionalismo y adoptaron unas formas obreristas agresivas, haciendo uso de todas las fórmulas a su disposición, desde las huelgas a la negociación, sin olvidar los boicots e intimidaciones de todo género. No dudaron, por último, en recurrir a la violencia, un elemento indispensable para sobrevivir y prosperar en la Barcelona del “pistolero”. La retórica del combate, la sangre y los mártires, por una parte, y la paramilitarización de las juventudes carlistas, por otra, pusieron las semillas para la formación de los grupos encuadrados en los Libres que se lanzaron desde 1919 a la batalla con los cenetistas.<sup>38</sup> En estos conflictos podemos encontrar ya algunos claros síntomas de lo que George L. Mosse caracterizaría como procesos de trivialización de la violencia y de brutalización de la política, vividos con intensidad en las sociedades europeas después de la Primera Guerra Mundial.<sup>39</sup>

<sup>37</sup> Cfr. M. WINSTON, Colin *La clase trabajadora y la derecha en España 1900-1936*, Cátedra, Madrid, 1989 [1ª Ed. 1985]; GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Ángel *Intransigencia, exaltación y populismo. La política navarra en tres semanarios criptocarlistas (1913-1915)*, Txertoa, San Sebastián, 1994. LÓPEZ ANTÓN, José Javier “Trayectoria ideológica del carlismo bajo Don Jaime III (1909-1931). Aproximación y estudio de los postulados regionalistas del Jaimismo Navarro (1918-1931)”, en *Aportes*, núm. 15, 1990-1991, pp. 36-50; ORELLA, José Luis “La historia de una relación turbulenta: carlismo y nacionalismo vasco”, en *Aportes*, núm. 32, 1996, pp. 115-131.

<sup>38</sup> Cfr. WINSTON, Colin M. “The Proletarian Carlist Road to Fascism: Sindicalismo Libre”, en *Journal of Contemporary History*, t. XVII-4, 1982, pp. 557-585, y, del mismo autor, *La clase trabajadora...*, cit.: BENGOCHEA, Soledad y REY, Fernando del “Militars, patrons i sindicalistes ‘lliures’. Sobre el sindicalisme de ghetto a Catalunya”, en *L’Avenç*, núm. 166, 1993, pp. 8-16; BENGOCHEA, Soledad; CANAL, Jordi; GABRIEL, Pere; GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo; REY, Fernando del y WINSTON, Colin M. “Els sindicats del crim: pistoleroisme a Barcelona, 1917-1923”, en *L’Avenç*, núm. 192, 1995, pp. 13-41; GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, CSIC, Madrid, 1999.

<sup>39</sup> MOSSE, George L. *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1990.

La escisión mellista, en 1919, como ocurrió en 1888 con la integrista, sumió al carlismo en un estado de perplejidad.<sup>40</sup> Los diferentes intentos hechos a fin de superar el golpe y sacar a la formación de la languidez en la que se encontraba, dieron resultados poco esperanzadores. En este ambiente, el advenimiento de la dictadura en 1923 provocó más expectación que otra cosa. El voto de confianza que una buena parte del carlismo otorgó a Miguel Primo de Rivera fue revocado en 1925. El pretendiente Jaime, que en 1924 había instaurado la fiesta de los Veteranos y una medalla para recompensar a los combatientes que se hubiesen mantenido fieles a la “causa”, dio a conocer en marzo de 1925 un manifiesto en el que se constataba el fracaso del Directorio militar. Su publicación, que supuso la ruptura con el régimen, dio lugar a la clausura de algunos círculos y a más de una encarcelación. A partir de entonces, el carlismo estuvo en el punto de mira de las autoridades. En todo caso, en 1930, cuando el dictador abandonó el poder, el estado del partido no era bueno, fruto de los sucesos vividos a lo largo de algo más de una década. Se imponía una reorganización. En algunas regiones se notó rápidamente un aumento de las actividades. Don Jaime prestó un especial interés a los jóvenes. Sin embargo, los grandes cambios estaban aún por llegar. La proclamación de la Segunda República, en abril de 1931, consiguió, a su pesar, lo que nunca pudo ni quiso provocar la monarquía: un auténtico resurgimiento del carlismo y la formación de una nueva amalgama contrarrevolucionaria.<sup>41</sup>

### **Preparando otra guerra (1931-1939)**

Los hechos y las circunstancias que envolvieron la génesis del régimen republicano darían alas al carlismo, haciendo nuevamente posible su reconversión en alternativa. Aunque don Jaime pidiera a sus seguidores, en un prudente manifiesto fechado el día 23 de abril de 1931, que colaborasen en el mantenimiento del orden, promovieran la organización de un único partido monárquico y estuvieran atentos a que la República no fuese arrollada por el comunismo, todos estaban íntimamente convencidos, como reconocía Melchor Ferrer, que la caída de la monarquía no era más que “la Revolución evolucionando”.<sup>42</sup> Si algunos de los primeros pasos crearon inquietud, los ataques a edificios religiosos del mes de mayo convencieron ya a los pocos carlistas incrédulos de que se vivía en la antesala del comunismo y la anarquía. La defensa de la Iglesia y la lucha contra el anticlericalismo resultarían los principales elementos movilizadores en los inicios de la Segunda República. En 1931, asimismo, la muerte de don Jaime, soltero y sin hijos, hizo que fuese designado como

---

<sup>40</sup> Cfr. MINA, Mari Cruz “La escisión carlista de 1919 y la unión de las derechas”, en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.) *La crisis de la Restauración. España, entre la primera guerra mundial y la II República*, Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 149-164; ANDRÉS, Juan Ramón de *El cisma mellista: historia de una ambición política*, Actas, Madrid, 2000.

<sup>41</sup> Cfr. BLINKHORN, Martin *Carlismo y contrarrevolución en España 1931-1939*, Crítica, Barcelona, 1979. [1º Ed. 1975]

<sup>42</sup> FERRER, Melchor *Historia del Tradicionalismo Español*, vol. XXIX, Editorial Católica Española. Sevilla, 1960, p. 198.

pretendiente carlista al trono su tío Alfonso, un anciano de 82 años que tampoco tenía descendencia. Este último tema iba a pender sobre el carlismo como espada de Damocles. La entrada en escena del nuevo “rey” Alfonso Carlos I facilitó el retorno de integristas y mellistas a la “casa común”. Si bien este desplazamiento había empezado en los meses anteriores, fue con la muerte de don Jaime cuando desapareció el último símbolo de la escisión de 1919. El talante más intransigente del nuevo pretendiente infundía un plus de confianza a los herederos de Nocedal. En cualquier caso, pese al hecho de que el cambio del titular de la dinastía allanara el camino, la causa fundamental que propició la convergencia de estos grupos fue la situación del momento, la coyuntura creada por el final del régimen monárquico y la proclamación de la República, que era percibida como clara y peligrosamente revolucionaria. Hacíase imprescindible unir fuerzas, organizar la reacción. Nos encontramos ante los primeros pasos de la conformación de una nueva amalgama contrarrevolucionaria, en la que el carlismo volvería a actuar como núcleo y centro de atracción. Aunque en un contexto diferente y con dimensiones más modestas, iba a repetirse el proceso que tuvo lugar en el siglo XIX. Para la remodelada formación, en la que además de los tres grupos principales se integraron núcleos procedentes del alfonsismo y del conservadurismo católico, se recuperó el antiguo apelativo de “comunidad”, que nunca había dejado de usarse totalmente, y la palabra “tradicionalista” ondeó junto a “carlista”. Desde el principio, la nueva Comunidad Tradicionalista iría aumentando sus efectivos y actividades. El centro neurálgico siguió estando situado en Navarra y en el País Vasco; la novedad fue la incorporación como territorios carlistas de partes de Castilla y de Andalucía.

Uno de los síntomas más evidentes de que algo se estaba moviendo era la mayor actividad en los círculos, tras unos años de un cierto sopor. No sólo ganaron en dinamismo, sino que también aumentó su número. Las innovaciones más destacables que presentaban consistían en la incorporación, promoción o generalización de un par de secciones, que correspondían a las principales formas de realización carlista de mujeres y jóvenes: las Margaritas –las agrupaciones tradicionalistas femeninas, surgidas en los últimos años de la Restauración, tomaron el nombre popular de “Margaritas” en alusión a la primera esposa del pretendiente Carlos VII<sup>43</sup>– y, sobre todo, el Requeté. La reactivación de las fuerzas paramilitares se hizo al mismo tiempo que aumentaban los choques entre jóvenes carlistas e izquierdistas. La sangre de los mozos se encontraba en plena ebullición. El coronel Enrique Varela, que coincidió en prisión con Manuel J. Fal Conde y con el jefe de los requetés sevillanos Luis Redondo, represaliados a raíz de los sucesos del 10 de agosto de 1932 –la participación del carlismo en la Sanjurjada fue muy modesta, pero la represión les afectó

<sup>43</sup> Cfr. CARRIONERO, Florencia; FUENTES, Antonio; SAMPEDRO, M<sup>a</sup> Ángeles y VELASCO, M<sup>a</sup> Jesús “La mujer tradicionalista: las Margaritas”, en *Las mujeres y la Guerra Civil Española*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1991, pp. 188-201; CANAL, Jordi “La gran familia. Estructuras e imágenes familiares en la cultura política carlista”, en CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.) *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, pp. 99-136.

de lleno—, fue nombrado jefe nacional del Requeté. Enrique Varela (a) "Don Pepe" redactó poco después las instrucciones conocidas como *Ordenanzas del Requeté*, una normativa fundamental para la reorganización de este cuerpo. El asalto a la República, que debería hacerse de fijo en alianza con medios castrenses, imponía una militarización total del Requeté. Sus unidades, jerarquías y disciplina pasaron, así pues, a ser equivalentes a las del Ejército. La patrulla, compuesta por un jefe y cinco boinas rojas —el "boina roja" era el soldado carlista, aunque la forma "requeté" siguió siendo utilizada habitualmente—, constituía la base del Requeté; las unidades superiores eran el grupo, el piquete y el requeté. El requeté, definido en las *Ordenanzas* como "la unidad de acción que reúne suficiente potencia de choque y capacidad de maniobra para desempeñar aisladamente una misión de importancia", era una compañía formada por 246 hombres. Tres requetés podían constituir la unidad superior, el tercio, equivalente del batallón castrense. Uniforme de color caqui y boina roja identificaban a los miembros de la milicia, mientras que las insignias y el color de la borla marcaban las jerarquías.<sup>44</sup> Sobre estas bases, el Requeté recibiría un fuerte impulso desde 1933.

Entre 1932 y 1934, Tomás Domínguez Arévalo, conde de Rodezno, estuvo al frente del carlismo. Durante su mandato, la Comunión prosperó —un crecimiento limitado, pero muy importante— y ganó en dinamismo. La estrategia rodeznista tenía, no obstante, muchos detractores. La táctica transaccionista y el gradualismo, fruto de una opción política posibilista, marcaron este período. La colaboración estrecha con el alfonsismo —Rodezno deseaba una fusión a corto plazo, a la que el tradicionalismo aportaría su ideario, como plataforma superadora de los límites que él percibía en una amalgama exclusivamente carlista—, tanto en la política de partidos como en la conspirativa, era una de sus muestras más visibles. Esta última tuvo su concreción más destacable en el pacto secreto establecido en marzo de 1934 entre una delegación española —formada por representantes de Comunión Tradicionalista y de Renovación Española, y por el general Emilio Barrera— y el dictador italiano Benito Mussolini, que se comprometió a hacer entrega de dinero y armas, así como a instruir a algunos hombres en su manejo, a fin de preparar un levantamiento monárquico contra la Segunda República.<sup>45</sup>

En 1934, Manuel J. Fal Conde reemplazó al conde de Rodezno. El ascenso de este abogado sevillano, católico ferviente —Fal Conde procedía del Partido Integrista, en el que ingresó en 1930—, debe ser puesto en relación con dos elementos: la importante entrada de jóvenes en el partido, que reclamaban una actuación menos política y más contundente, y el espectacular auge del tradicionalismo en Andalucía desde 1931, que convirtió a esta región en una especie de "Navarra del Sur".<sup>46</sup> El nuevo secretario general concentró todos

<sup>44</sup> *Requeté Tradicionalista. Compendio de Ordenanzas, Reglamentos y Obligaciones del Boina Roja. Jefe de Patrulla y Jefe del Grupo del Requeté*, «La Esperanza», Palma de Mallorca, 1936. La cita, en la p. 31.

<sup>45</sup> Cfr. SAZ CAMPOS, Ismael *Mussolini contra la II República. Hostilidad, conspiraciones, intervención (1931-1936)*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1986, pp. 66-85.

<sup>46</sup> Cfr. BLINKHORN, Martín *Carlismo y contrarrevolución...*, cit.: ÁLVAREZ REY, Leandro *La derecha en la II República: Sevilla, 1931-1936*, Universidad de Sevilla-Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla, 1993;

los esfuerzos en la organización partidista –una estructura más uniforme, centralizada, reglamentada e interrelacionada resultaba indispensable– y en la militancia, básicas en la estrategia de una opción no mayoritaria que pretendía derribar el régimen por la vía violenta e instaurar en España una monarquía tradicional. Fal Conde puso rápidamente manos a la obra, creando un conjunto de delegaciones especiales que dependían directamente de él y se desplegaban por todo el territorio, vaciando parcialmente de contenido las juntas regionales y provinciales. Tres de estas delegaciones se constituyeron a fines de mayo: propaganda, prensa y juventudes. Meses después se añadiría otra nueva, la de Requetés, a cuyo frente se situó a José Luis Zamanillo. Enrique Varela, mientras tanto, mantenía discretamente la dirección militar de las milicias.

Octubre 1934, diciembre 1935, febrero 1936: tres momentos decisivos para el carlismo en su camino hacia la guerra. Los acontecimientos de octubre de 1934, para empezar, no harían más que ratificar la necesidad de reorganizarse y de proseguir con el proceso de militarización. La actitud de la Comunión fue inequívoca: defender el orden y ponerse al servicio de las autoridades. Los requetés tuvieron un papel destacado, defendiendo edificios, enfrentándose a otras fuerzas y reduciendo el impacto público de las huelgas. La nómina de “mártires de la tradición” se ampliaría, por aquel entonces, con algunos nombres más. En diciembre de 1935, por otro lado, la secretaría general fue transformada en jefatura delegada, recuperándose la fórmula de la etapa de entre siglos y designando para ocupar el cargo a Fal Conde. Era, sin duda, el premio a sus trabajos, que habían dado una nueva organización, completa y nacional, al carlismo. Se trataba, en el fondo, de un proceso de modernización equiparable al emprendido en los noventa. En esta ocasión, a diferencia de entonces, se había primado, como requerían las circunstancias, el aspecto militar. Finalmente, en febrero de 1936, los resultados electorales confirmaron a los carlistas que no iban fuera de camino y que la única forma de acabar con la República era a través de un golpe violento.

El Requeté era la clave de los proyectos insurreccionales del carlismo. Tras el establecimiento de la delegación de Requetés, en 1934, al año siguiente el militar Ricardo Rada fue nombrado inspector general, ocupando, de hecho, el puesto de Varela, ascendido a general del Ejército y con menos disponibilidad para los asuntos carlistas. Navarra era el territorio que contaba con una organización más desarrollada y con más requetés. Los desfiles y las paradas se convirtieron en habituales en las concentraciones carlistas: simbolizaban la fuerza emergente y amenazante de la Comunión. Los requetés, una vez encuadrados siguiendo las ordenanzas de Varela y organizados a nivel nacional, requerían equipamiento y formación militar. Los boinas rojas llevaron a cabo maniobras clandestinas en campo abierto –sin olvidar su presencia en la calle, en donde se prodigaron en enfrentamientos contra grupos izquierdistas–, combinadas con entrenamiento en los círcu-

---

MARTÍNEZ DE SALAZAR y BASCUÑANA, Ricardo Manuel J. Fal Conde. *“La política como servicio de Dios y España”*, ed. del autor, Cádiz, 1998.

los. Antonio de Lizarza cuenta en sus memorias que, en el Círculo Tradicionalista de Pamplona, “se montaba guardia como en un cuartel, de día y de noche. Allí se guardaban los uniformes y correajes. En el tercer piso y en los Salones de la Juventud se hacía la instrucción militar. El depósito de armas se encontraba en la parte superior del edificio.”<sup>47</sup> Incluso los Pelayos, unas secciones infantiles con sede en los círculos, eran uniformados como los requetés y se entrenaban, provistos de armas de juguete, para ser, lo más pronto posible, buenos servidores de la “causa”. En julio de 1936, la Comunión contaba con la milicia más numerosa y mejor preparada y entrenada entre las de la derecha española. A los ocho mil boinas rojas que existían en Navarra había que añadirles otros veintidós mil en el resto de España, incluyendo tanto a los activos, a punto de entrar en campaña, como a la reserva. No solamente el número distinguía la milicia carlista de otras, sino la capacidad de adaptación mostrada al transformarla desde su primitiva función de lucha callejera y complemento del aparato político hasta un verdadero cuerpo militar, presto a combatir codo a codo con el Ejército.<sup>48</sup> La situación de los años treinta no era ya la de principios de siglo, ni mucho menos la del siglo XIX; los tiempos habían cambiado y nuevas formas seguían sustituyendo a las antiguas.

La dirección falcondista trazó un plan insurreccional contra la República, basado en sus propias fuerzas y con la participación de una parte del Ejército, que estaría al servicio de un proyecto monárquico tradicionalista. Al final, sin embargo, como es bien sabido, ocurriría lo contrario, viéndose forzados los carlistas a integrarse en la conspiración militar que estalló en julio de 1936.<sup>49</sup> En todo caso, una vez asumido este cambio, la orden de sublevarse y de ponerse a disposición de los mandos militares fue transmitida a todos los puntos de la península. Los primeros en sublevarse fueron los carlistas andaluces. En Navarra, la movilización tuvo lugar en la mañana del día 19, con más de seis mil requetés en acción. A este despliegue contribuyeron, junto con los preparativos de la Comunión, la eficacia de una tupida red de relaciones que iban desde lo personal a lo clientelar. La plaza del Castillo, en Pamplona, se convirtió en el centro neurálgico: un orador carlista la bautizó como “el Patio de Armas de la España Nacional”.<sup>50</sup> La “ciudad” acogía con entusiasmo a la “aldea”, como ha explicado el historiador Javier Ugarte, rompiendo la irreconciliable dicotomía decimonónica.<sup>51</sup> Por su parte, tres mil boinas rojas colaboraron con los milita-

<sup>47</sup> LIZARZA, Antonio de *Memorias de la conspiración (1931-1936)*, Ediciones Dysrsa, Madrid, 1986, p. 58. [1<sup>o</sup> Ed. 1953]

<sup>48</sup> Cfr. ARÓSTEGUI, Julio y GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo “La tradición recuperada: el requeté carlista y la insurrección”, en *Historia Contemporánea*, núm. 11, 1994, pp. 29-53; FERRER MUÑOZ, Manuel “Organización y actividad del Requeté en Navarra entre 1931 y 1936”, en *Muga*, núm. 73, 1990, pp. 84-93.

<sup>49</sup> Cfr. ARÓSTEGUI, Julio “El Carlismo, la conspiración y la insurrección antirrepublicana de 1936”, en *Arbor*, núms. 491-492, 1986, pp. 27-75; BURGO, Jaime del *Conspiración y guerra civil*, Alfaguara, Madrid, 1970.

<sup>50</sup> Citado por CASARIEGO, Jesús-Evaristo *La Verdad del Tradicionalismo. Aportaciones españolas a la realidad de Europa*, Editora Nacional, Madrid, 1940, p. 250.

<sup>51</sup> UGARTE, Javier *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998. Cfr. también CASPISTEGUI, Francis-



res en Álava para controlar la provincia. En Zaragoza y Burgos, así como en los demás territorios en los que triunfó la insurrección, los carlistas desarrollaron un variado papel, a la medida de sus fuerzas. Actuaron también en las zonas que quedarían bajo el control de la República. La cárcel, las persecuciones y los asesinatos, los saqueos y las incautaciones, coronaron allí su derrota. Algunos carlistas consiguieron escapar y refugiarse en los territorios controlados por su bando. Uno de ellos, Antonio Pérez de Olaguer, escribió en su libro *Lágrimas y Sonrisas* (1937): “Estuve ya en la España roja de Barcelona y de sus pueblos anegados en odio. Vi caer, asesinados, a los más. Sufrí persecución. Salí, al fin, por la ruta de Génova. Voy ahora a la España blanca de Sevilla y de Burgos, a través de Tánger. Y luego a la línea divisoria, a la línea de muerte, al frente, en fin...”<sup>52</sup> España roja, España blanca: tras la insurrección de julio de 1936, España quedaría dividida en dos partes. Estaba empezando otra guerra fratricida.

Los requetés tuvieron una notable actuación en las primeras semanas de la guerra, sobre todo en el norte peninsular –en Navarra, Álava y la Rioja eliminaron la resistencia de los enclaves republicanos– y en Andalucía occidental. Los combatientes carlistas serían asimismo integrados en las columnas enviadas a los frentes aragonés, vasco y del Guadarrama. Tomar Madrid era el objetivo número uno, tanto a nivel estratégico como simbólico –la idea de que era preciso que la provincia “sana” salvase a la capital “corrompida” y “extranjerizada”, corazón de la “anti-España”, estuvo plenamente presente en aquellos meses<sup>53</sup>–. Durante el verano, el número de requetés aumentó de manera espectacular. El anciano pretendiente Alfonso Carlos escribió una carta de felicitación al jefe de la delegación de Requetés, José Luis Zamanillo, en la que podía leerse:

“El valor de nuestro Requeté me entusiasma; es la admiración de España y del extranjero, porque si, como espero, Dios mediante, triunfamos en esta campaña, se debe el triunfo, en gran parte, al arrojo de nuestros carlistas. El número de éstos debe ser ahora de unos 70.000 y si pudiéramos tener a los de Valencia, Murcia y Cataluña, aumentaría el número en gran escala.”<sup>54</sup>

En más de una ocasión se ha puesto de manifiesto la exaltación y la violencia exhibidas por los requetés, en especial por lo que atañe al enfrentamiento con los revolucionarios

---

co Javier “‘Esa ciudad maldita, cuna del centralismo, la burocracia y el liberalismo’: la ciudad como enemiga en el tradicionalismo español”, en *Arquitectura, ciudad e ideología antiurbana*, T6 Ediciones, Pamplona, 2002, pp. 71-86.

<sup>52</sup> PÉREZ DE OLAGUER, Antonio *Lágrimas y Sonrisas*, Ediciones Antisectarias, Burgos-Sevilla, 1938, p. 55.

<sup>53</sup> Cfr. UGARTE, Javier *La nueva Covadonga...*, cit., pp. 305 y ss.; BURGO, Jaime del *Conspiración y guerra civil...*, cit., pp. 593 y ss.

<sup>54</sup> Don Alfonso Carlos a José Luis Zamanillo (Viena, 22 septiembre 1936), carta reproducida en FERRER, Melchor *Documentos de Don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este (Duque de San Jaime)*, Editorial Tradicionalista, Madrid, 1950, p. 317.

rios. El jefe regional de Navarra se vería incluso en la obligación de publicar una orden prohibiendo las represalias.<sup>55</sup> Contribuyó poderosamente a esta actitud el largo proceso de interiorización de las imágenes contubernistas y la plena convicción de estar luchando en una auténtica “cruzada”: “Considérate soldado de una cruzada –escribió Manuel J. Fal Conde en 1936 en el *Devocionario* para uso de los requetés<sup>56</sup> – que pone a Dios como fin y en Él confía el triunfo.” Ningún ejemplo resulta más ilustrativo de este estado de espíritu que la narración del requeté Santi Pagola sobre las primeras horas de un día en la campaña de Vizcaya, en 1937:

“Los rancheros repostan con prisa las raciones de pan, vino y rancho en frío. Rezan –rezamos– los requetés las oraciones, hoy doblemente devotas, y habla luego el ‘Páter’ con voz emocionada: ¡Requetés del Oriamendi! Vamos a iniciar la liberación de Vizcaya a costa de sangre y muertos. Contamos con la ayuda de Dios. ¡Él nos llevará a la victoria! En la línea de los montes despuntaba el alba.”<sup>57</sup>

El carlismo llegaría a organizar y sostener en el transcurso de los tres años de guerra civil más de cuarenta tercios de requetés. Los tercios eran unidades equivalentes a los batallones de infantería, que empezaron a formarse en la segunda mitad de 1936 tras la etapa inicial de guerra de columnas. Integraban a los combatientes carlistas, en número de setecientos u ochocientos, bajo mando militar. No deben confundirse estos tercios con los de la etapa pre-bélica, ya que el estallido del conflicto supuso un desmantelamiento de la estructura precedente y una integración total en la del Ejército. Se trataba, en general, de combatientes voluntarios, sobre todo en los primeros meses del conflicto; los requetés constituirían en 1936-1939 un verdadero voluntariado, más amplio que en cualquiera de los conflictos carlistas del siglo XIX. El número total de requetés movilizados durante los años de la contienda ha sido estimado en un mínimo de sesenta mil. Una cuarta parte de los tercios estaban integrados por navarros. En las tres provincias vascas se crearon, en distintos momentos de la contienda, ocho tercios; en tierras castellanas y leonesas existieron ocho tercios, siete en Andalucía, seis en Aragón, uno en Asturias y otro integrado por catalanes. A estas unidades, modelo batallón de infantería, debieran añadirse otras, también formadas por combatientes carlistas, como las escoltas, las compañías de requetés, las unidades especiales o bien las unidades de segunda línea o requeté auxiliar. Los boinas rojas contribuyeron de manera muy notable al triunfo del Ejército franquista en la Guerra Civil, interviniendo en todas las batallas y en todos los frentes. Si los requetés sobresalieron en los primeros momentos en la “limpieza” de izquierdistas en Navarra y parte de

---

<sup>55</sup> Cfr. ALTAFFAYLLA KULTUR TALDEA *Navarra 1936. De la esperanza al terror*, Kultur Taldea, Estella, 1986, 2 vols.

<sup>56</sup> *Devocionario y Ordenanza del Requeté*, ECESA, Sevilla, 1979.

<sup>57</sup> Citado por NAGORE YÁRNOZ, Javier *En la Primera de Navarra (1936-1939). Memorias de un voluntario navarro del Tercio de Radio Requeté de Campaña*, Movierecord Ediciones, Madrid, 1991, p. 26.

Andalucía, más adelante los tercios participarían en la conquista de las provincias vascas, en Brunete, en el intento de frenar la ofensiva sobre Zaragoza, así como en las batallas de Teruel y del Ebro. Todas las unidades fueron disueltas al finalizar la guerra. La aportación de sangre de los tercios carlistas fue importante; aunque los datos son aproximados, el número de requetés muertos en la contienda puede cifrarse en unos seis mil.<sup>58</sup>

Don Alfonso Carlos murió en septiembre de 1936. En un decreto fechado en Burgos el primer día de octubre se establecía la Regencia y se nombraba príncipe regente a don Javier de Borbón Parma.<sup>59</sup> Éste ratificó todos los nombramientos hechos por su antecesor y, muy especialmente, el de Fal Conde al frente de la jefatura delegada. No obstante, desde el 18 de julio de 1936, la prioridad carlista fue la guerra, la victoria en la lucha contra la anti-España. El aparato político de la Comunión debió adaptarse, intentando hacer valer en la medida de lo posible su papel en un proceso que controlaban los militares. Los dirigentes intentaron mantener la ficción de una especie de alianza carlo-militar, que los hechos irían desmintiendo. La Comunión impulsó por entonces una Real Academia Militar Carlista, que provocó las iras de Francisco Franco y la expatriación de Manuel J. Fal Conde.<sup>60</sup> El proyecto carlista chocaba doblemente con las intenciones del futuro dictador: suponía, en primer lugar, una reiteración de la independencia del Requeté respecto al Ejército, cuando la tendencia dominante era justamente la contraria; y, en segundo lugar, fortalecía una opción política, cuando la voluntad de Franco era proceder a la disolución de los partidos. Javier Tusell se ha referido a la existencia de un proto-Estado carlista en la segunda mitad de 1936, que Franco habría decidido eliminar.<sup>61</sup> Igual que había hecho en otros momentos de su historia, el carlismo, aprovechando la situación bélica, dio un paso más y sumó a su naturaleza de contrasociedad, de sociedad en la sociedad, la de embrión de Estado dentro del Estado. En esta ocasión, sin embargo, no iba a frenarle el fracaso militar frente al enemigo, sino una derrota política en el interior de su campo, el antirrepublicano.

El destierro de Fal Conde constituye el primer eslabón de la cadena de acontecimientos que, a través de un camino lleno de pugnas —externas e internas, sobre todo entre los

<sup>58</sup> Cfr. ARÓSTEGUI, Julio *Los combatientes carlistas en la Guerra Civil española 1936-1939*, Aportes, Madrid, 1991, 2 vols.; CASAS DE LA VEGA, Rafael *La guerra de España. El Requeté*, CTC, Madrid, 1988.

<sup>59</sup> Cfr. BALANSÓ, Juan *La familia rival*, Planeta, Barcelona, 1994; BORBÓN PARMA, María Teresa de; CLEMENTE, Josep Carles y CUBERO, Joaquín *Don Javier, una vida al servicio de la libertad*, Plaza y Janés, Barcelona, 1997.

<sup>60</sup> Cfr. BURGO, Jaime del "Un episodio poco conocido de la guerra civil española. La Real Academia Militar de Requetés y el destierro de Fal Conde", en *Príncipe de Viana*, núm. 196, 1992, pp. 481-506; CUBERO, Joaquín "El carlismo en la guerra de España. El destierro de Fal Conde y la Unificación", en *Aportes*, núm. 27, 1995, pp. 40-78.

<sup>61</sup> TUSELL, Javier *Franco en la Guerra civil. Una biografía política*, Tusquets, Barcelona, 1992, pp. 46-49. Cfr. también PEÑAS BERNALDO DE QUIRÓS, Juan Carlos *El Carlismo, la República y la Guerra Civil (1936-1937) (De la Conspiración a la Unificación)*, Actas, Madrid, 1996.

dirigentes nacionales y los navarros— conduce al Decreto de Unificación de abril de 1937, por el que la Comunión Tradicionalista Carlista dejaba legalmente de existir, igual que todos los demás partidos, y nacía Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Las reacciones carlistas ante el decreto fueron muy diversas. El entusiasmo, bastante espontáneo, predominó en la retaguardia, con celebraciones y encendidos artículos en la prensa. Entre los dirigentes hubo un poco de todo. En un extremo, la aceptación incondicional de los navarros —el conde de Rodezno se convertiría en 1938 en ministro de Justicia del primer gobierno de Franco—, así como de algunos vascos y riojanos. En el contrario, Fal Conde y don Javier, que guardaron silencio para que su actitud no pudiese ser interpretada como una rebeldía ante el poder en momentos de guerra. La legalidad debía ser aceptada, pero sin renunciar a la existencia singular del carlismo.<sup>62</sup> El partido único, en todo caso, fue un auténtico fiasco. Los carlistas tuvieron pronto motivos para sentirse desengañados o indignados. La estructura de la Comunión había sido desmantelada, suprimiéndose juntas y jefaturas, mientras los periódicos, los círculos y las emisoras pasaban a ser propiedad de FET y de las JONS. La repartición del nuevo poder, sin embargo, no les fue favorable y las nuevas maneras exhibidas y la ideología, fascizantes, se alejaban bastante de las suyas. Incluso en Navarra y en el País Vasco abundaban las quejas.<sup>63</sup> Este desengaño contribuiría en ocasiones a la simple desmovilización. La Comunión Tradicionalista seguiría existiendo, al margen de FET y de las JONS. No puede olvidarse, sin embargo, que, al mismo tiempo que unos carlistas empezaban a optar por la resistencia, siguiendo al regente don Javier y a Fal Conde, o la colaboración, o bien intentaban hacer equilibrios compaginándolas, muchos otros seguían combatiendo en los campos de batalla. El carlismo invirtió grandes esfuerzos en la contienda, en esta nueva guerra civil, en su “cruzada”, y en ella dejaría muchos muertos.

La Guerra Civil española terminó a principios de 1939. Los carlistas se contaban entre los vencedores; por primera vez, en un siglo, no sufrían una derrota. A diferencia de

<sup>62</sup> Cfr. GARCÍA VENERO, Maximiano *Historia de la Unificación (Falange y Requeté en 1937)*, AGESA, Madrid, 1970; CHUECA, Ricardo *El Fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1983; TUSELL, Javier *Franco en la Guerra...*, cit.; VILLANUEVA, Aurora *El carlismo navarro durante el primer franquismo: 1937-1951*, Actas, Madrid, 1998; THOMÀS, Joan Maria *Lo que fue la Falange*, Plaza y Janés, Barcelona, 1999; CANAL, Jordi “El Carlisme, la Guerra Civil i la Unificació”, en THOMÀS, Joan Maria (ed.), *Franquismo / Fascismo*, Fundació d’Estudis Socials i Nacionals Josep Recasens, Reus, 2001, pp. 101-120.

<sup>63</sup> Cfr. THOMÀS, Joan M. *Falange, Guerra Civil. Franquisme. FET y de las JONS de Barcelona en els primers anys del règim franquista*, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, Barcelona, 1992; RIQUER, Borja de “Burgos 1937: Divergències polítiques entre falangistes i carlins catalans”, en *Haciendo Historia: Homenaje al Prof. Carlos Seco*. Universidad Complutense, Madrid, 1989. pp. 573-579; MARTÍNEZ LACABE, Eduardo “La unión imposible: Carlistas y Falangistas en Navarra durante la Guerra Civil”, en *Huarte de San Juan*, núm. 1, 1994, pp. 343-364; VILLANUEVA, Aurora *El carlismo navarro...*, cit., pp. 63-93; PABLO, Santiago de “Falange y Requeté en Álava. Divergencias en la retaguardia franquista durante la Guerra civil”, en *Kultura*, núm. 4, 1992, pp. 93-103; CALVO, Cándida “Franquismo y política de la memoria en Guipúzcoa. La búsqueda del consenso carlista (1936-1951)”, en ALTED, Alicia (ed.), *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria*, UNED, Madrid, 1996, pp. 163-182.



otros conflictos anteriores, sin embargo, el carlismo no conformaba uno de los bandos en liza. sino que constituía una parte de uno de los dos bloques enfrentados. La guerra de 1936-1939 no fue otra guerra carlista. El carlismo había vivido en los años treinta una etapa de crecimiento, en la que nucleó nuevamente una amalgama contrarrevolucionaria. Sus límites eran, sin embargo, evidentes, explicando la necesaria y convencida participación en un conjunto superior para derribar la República y hacer frente a la revolución, real o imaginada. El “triunfo” carlista en 1939 escondía, sin embargo, el inicio de su “derrota”. El “triunfo” comportó una notoria desmovilización –suma de desengaños, pero sobre todo de convencimiento de que la revolución había sido definitivamente aplastada–, una sensación entre amplios sectores de ser los vencidos entre los vencedores, y, sobre todo, el final del mito victimizante que había cultivado el carlismo durante más de un siglo. La “derrota” consistió en un proceso imparabile de marginación, al que factores internos como las pugnas entre tendencias, y factores generales como las evoluciones de la sociedad española o el Vaticano II, también contribuyeron. El resultado es el carlismo de hoy, reducido y marginal, pero todavía existente.<sup>64</sup> Sea como fuere, entre 1876 y 1939, entre el final de la Segunda Guerra Carlista y el final de la Guerra Civil española, la adopción de nuevas formas, tanto a nivel político como más concretamente, en el de la violencia política, permitieron una destacable pervivencia y un notable protagonismo de ese viejo movimiento que fue y es el carlismo.

París, 13 de enero de 2004

---

<sup>64</sup> Cfr. CANAL, Jordi *El carlismo...*, cit., pp. 342-401.